M. ALmagro (ed.) (2009) Historia Militar de España. Vol. I
Madrid, Min. Defensa-Eds. Laberinto.

La guerra en la Cultura Ibérica

Fernando Quesada Sanz

CONTEXTO HISTÓRICO Y SOCIOCULTURAL

En las últimas dos décadas ha evolucionado el conocimiento sobre los aspectos militares de las culturas de la Hispania prerromana, en la que hay que valorar los cambios entre el siglo VII y el I a. C. y las diferencias desde el área andaluza al territorio astur, lo que exige aquilatar en la Cultura Ibérica aspectos bien diferenciados como la panoplia, las fortificaciones, la tácticas y estructura socio-militar, diferentes del ámbito celtibérico, lusitano, o del norte peninsular[1]. La «Cultura Ibérica» se extendía por la franja costera mediterránea desde el Languedoc hasta Andalucía, penetrando por el Valle del Ebro hasta su curso medio, limitada en Levante por el Sistema Ibérico e incluyendo las planicies de Albacete y la Meseta suroriental. El ámbito ibérico incluye también toda la Andalucía oriental y, por convención generalmente aceptada, también la Baja Andalucía hasta la zona de Huelva, ámbito que en sentido estricto las fuentes clásicas atribuyen a los Turdetanos, cuyas características, derivadas de su sustrato cultural anterior, los diferencian del resto del mundo ibérico[2]. Hoy es evidente la gran variabilidad de estas regiones, junto a sus rasgos comunes[3], por lo que este estudio comprende el periodo del siglo VI a mediados del I a. C., en parte solapado con el mundo tartésico orientalizante y con el mundo romano republicano.

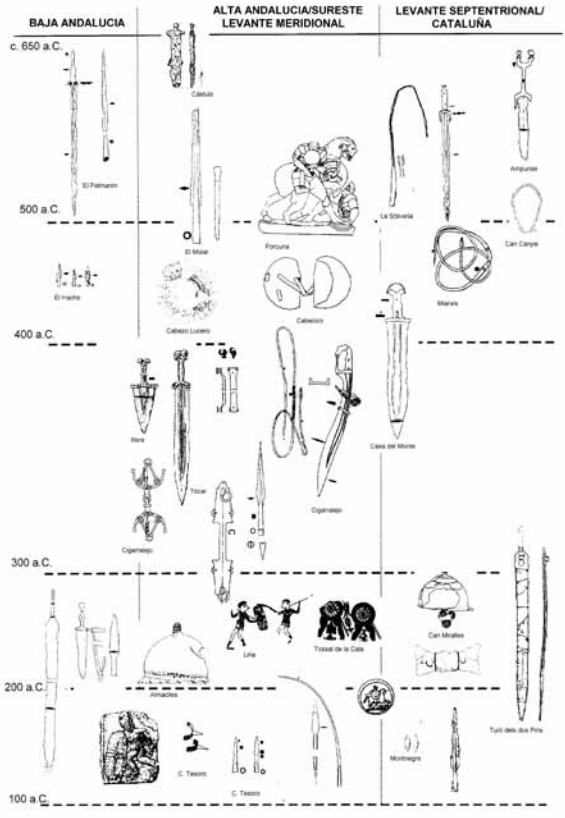
Para comprender los aspectos militares de la Cultura Ibérica es imprescindible entenderla en su contexto amplio, como heredera de una tradición multiforme que abarca desde el Bronce Final tartésico en el Suroeste a los Campos de Urnas en el Noreste y Levante y que estuvo sujeta a intensas influencias de la colonización fenicia, el mundo orientalizante mediterráneo, la presencia griega y, finalmente, la conquista romana. En el ámbito de lo militar, las diferentes tradiciones culturales influyeron en el origen y tipología de fortificaciones, panoplia y tácticas militares. En particular, el fenómeno del mercenariado y la conquista romana[4] jugaron un papel decisivo en el cambio y en la actualización militar siguiendo la evolución de la guerra en el ámbito circunmediteráneo.

LAS FORTIFICACIONES IBÉRICAS Y SU CONQUISTA POR ASALTO

Dentro de una tradición que abarca toda la fachada mediterránea de Hispania, los asentamientos ibéricos presentaron, ya desde época Orientalizante, sistemas defensivos de complejidad y tipología variable según las regiones y las épocas.

Una primera tipología viene dada por los grandes asentamientos del área andaluza, ubicados normalmente en alturas amesetadas con superficies de 5 o 6 Ha, como Tejada

la Vieja en Huelva o Puente Tablas en Jaén, a las 10-15 Ha, como el Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar o Torreparedones, ambos en Córdoba, aunque en casos excepcionales llegan a las treinta o más como Carmona (Sevilla) o Cástulo (Jaén). Muchos de estos *oppida*, centros nucleares que controlaban una región amplia, estaban ya fortificados en época Orientalizante y a partir de finales del siglo VI a. C. los recintos amurallados de época ibérica mantienen muchas de sus características. La cimentación es a menudo inexistente, las bases de las murallas se construyen con grandes zócalos de piedra tallada pero irregular, que pueden alcanzar varios metros de altura y continúan con alzados de tapial y adobe. El conjunto se refuerza con bastiones rectangulares salientes y a menudo el paramento exterior ha de ser reforzado con lienzos adosados ataludados. Los adarves contarían con parapetos, quizá con alternancia de merlones y almenas en tradición ya documentada entre los fenicios. Las puertas suelen ser sencillas, de acceso directo. En Andalucía los fosos, por ejemplo en Carmona, parecen tardíos, de influencia o incluso excavación cartaginesa[5].



Evolución de la panoplia ibérica (según F. Quesada).

En otras regiones, como la cuenca baja del Ebro, las condiciones sociales eran diferentes y surgen asentamientos menores bien fortificados, posesión de familias aristocráticas. A veces son recintos pequeños, de unos 3.500 m^2 con foso, campos de piedras hincadas y muros protegidos por numerosas torres o bastiones, como el de Els Vilars en Lérida, o de simples casas-torre fortificadas de gran volumen con alguna edificación adosada, como Tossal Montañés y otros yacimientos en Teruel y Bajo Ebro[6]. Finalmente, en lugares próximos a centros coloniales de importancia, como Ullastret cerca de *Emporion*, en Gerona, surgen fortificaciones indígenas más elaboradas, dotadas de torres circulares a intervalos regulares y de puertas con accesos más protegidos.

En época ibérica plena, a partir del siglo V a. C., la mayoría de los yacimientos ibéricos aparecen fortificados, independientemente de su ubicación y su tamaño, normal-

mente en altos amesetados los *oppida* grandes y en cerros los poblados menores. Las técnicas son herencia de la etapa anterior y muestran escasa sofisticación. Incluso los asentamientos reducidos, casi granjas o alquerías donde viviría menos de un centenar de personas, con una superficie inferior a los 1000 m^2, las paredes traseras de las casas se unen para formar un muro continuo y el acceso se realiza por una sola puerta principal de hojas batientes de madera cerrada por trancas y quizá alguna poterna secundaria pensada más para satisfacer las necesidades de la vida diaria que para usos militares, como en Castellet de Bernabé en Valencia o Puig Castellet en Gerona. Este sistema no permite la existencia de caminos de ronda e incluso es discutible que hubiera un adarve con parapeto a lo largo de los techos de las casas adosadas al muro perimetral. Sólo cuando el modelo de muro trasero corrido se aplica en poblados de mayor tamaño, como El Oral en Alicante, o Los Molinicos en Murcia, cabe proponer una reconstrucción en este sentido. Los lienzos suelen formarse con paramentos externos de piedras bien careadas y rellenos de piedra y barro, aunque a menudo apoyan sin cimentación directamente sobre roca o relleno anterior de tierra y el alzado en tapial o adobe es habitual. Las torres, normalmente cuadradas, aparecen rara vez cubriendo un lienzo a intervalos regulares, como en la fase antigua del Alt de Benimaquia, Alicante. Más bien suelen aparecer aisladas o en pares junto a las puertas, tanto en pequeños asentamientos fortificados como Puntal dels Llops, Valencia, como en poblados mayores como El Oral o La Serreta de Alcoy, Alicante. En algunos casos, normalmente tardíos, hay torres que parecen reflejar influencia de la poliorcética helenística, como las dos poligonales del acceso al Castellet de Banyoles en Tibias (Tarragona), pero su examen detallado muestra que se han copiado modelos foráneos sin comprender bien su función defensiva, sobre todo en lo referente a establecer campos de tiro para fuego de armas arrojadizas o artillería[7]. Los fosos son raros y aparecen sobre todo en la cuenca del Ebro, especialmente en fechas tardías. Los caminos de ronda y las puertas elaboradas aparecen sólo ocasionalmente; el mejor ejemplo es el poblado en alto de La Bastida de Mogente, en Valencia, donde sin embargo parece dudosa la presencia propuesta por un investigador de un circuito continuo de torres[8] y es especulativa la reconstrucción en alzado, con merlones de tipo fenicio, de las puertas de acceso con pequeña cámara central, en todo caso de modestas dimensiones y batientes de madera endebles a juzgar por los herrajes conservados en la puerta sur.

Las fortificaciones ibéricas, aunque a menudo potentes en anchura y altura, no muestran gran complejidad o sofisticación poliorcética. No se aprecia una clara influencia griega o helenística salvo en casos como la muralla bien articulada de Ullastret o en casamatas del Turó del Montgrós, Barcelona, como el caso comentado de las torres de Tivissa, mientras que las fortificaciones de la Picola (Santa Pola, Alicante) es una réplica a escala reducida de modelos griegos de época clásica y, como la planificación ortogonal y racional del asentamiento comercial, son de traza griega, no ibérica[9]. Frente a estos casos, decenas de yacimientos ibéricos fortificados no presentan influencias helénicas, sino que siguen tradiciones locales de la I Edad del Hierro y aún anteriores. En cuanto

a la influencia púnica casi indistinguible de la griega en las murallas, las fortificaciones tardías de factura cartaginesa de Carmona en Sevilla, Torre de Doña Blanca en Cádiz o *Lucentum* en Alicante, están dotadas de torres con cámaras para artillería y de antemurales para impedir el avance de torres de asedio o bastidas, por lo que parecen haberse reservado para guarniciones cartaginesas. En general, los iberos emplearon el principio natural de que la mejor fortaleza es aquella que por su imponente presencia disuade a un eventual atacante e invirtieron a menudo gran esfuerzo en horas/hombre de trabajo para dotarse de muros sólidos y altos, pero sin alcanzar en su elaboración, salvo casos muy concretos en el área catalana, cotas elevadas de la inventiva desarrollada entre el siglo V y el III a. C. en Grecia y Sicilia. Algunos casos citados como prueba de conocimientos elevados e incluso del empleo de artillería por los iberos resultan ser, tras análisis y excavaciones recientes, fortificaciones de factura cartaginesa de *c.* 225 a. C., como la muralla del Tossal de Manises, *Lucentum*, Alicante, o de época romana republicana, bien sertoriana de *c.* 75 a. C. como Pic del Aguila, en Montgó, Denia, o cesariana de *c.* el 45 a. C. como la torre y puerta masivas de Torreparedones en Córdoba.

En todo caso, hay que recordar que las fuentes literarias recogen sólo conflictos ya de época tardía y entre pueblos indígenas y ejércitos extranjeros, fueran éstos cartagineses o romanos, por lo que ofrecen una visión parcial, ya que documentan las formas de ataque a ciudades en época tardía, entre ejércitos muy descompensados en términos de capacidad y organización, pero no explican cómo pudieron ser las operaciones poliorcéticas entre iberos o celtíberos desde principios del siglo V y hasta fines del III a. C., que se limitarían a asaltos ocasionales, sin asedios o bloqueos con obras permanentes. No hay indicios, ni en la arqueología ni en las fuentes literarias, de que los iberos emplearan en sus luchas antes de mediados del siglo II a. C. técnicas de asedio complejas, con bastidas, obras de circunvalación o maquinaria elaborada, ni de que conocieran la fabricación de máquinas de artillería, como *lithoboloi* o lanzadoras de piedras y *oxibeles* o lanzadoras de dardos[13]. Por el contrario, sí hay pruebas de la toma de asentamientos por asalto, como en la Bastida de Mogente a fines del siglo IV a. C., empleando probablemente la sorpresa y utilizando los accesos naturales a los poblados, sobre todo las puertas[11].

El episodio del asedio de *Arse* (Sagunto) por Aníbal el 219 a. C. muestra cómo incluso las más sólidas murallas podían ser vencidas por las técnicas poliorcéticas avanzadas que traían los invasores. Las respuestas de los saguntinos son básicamente las que narran de episodios posteriores: salidas en tromba (Liv., 21,7,8), reconstrucción de los muros dañados empleando débil barro como mortero (Liv., 21,11,8), alzado de nuevos muros de circunstancias tras las brechas (Liv., 21,11,10). No hay señal alguna de empleo de máquinas de guerra para oponerse a las bastidas, manteletes y catapultas de Aníbal. Los romanos, por su parte, en la mayoría de los casos, tomaron por asalto las ciudades iberas, como lo harían más adelante con las celtíberas. Sólo en escasas ocasiones hay referencias a asedios más prolongados en los que se emplearon máquinas, como en el invernal ataque del 218 a. C. a la capital de los ausetanos, que exigió treinta días de asedio y

el empleo de máquinas como *plúteos* (parapetos con ruedas) y *vineas* (manteletes). En otra ocasión, ante *Orongis* el 207 a. C. Livio narra que los defensores emplearon garfios de hierro (*furcae* y *lupi ferrei*) para rechazar las escalas romanas, pero la guarnición de la ciudad incluía tropas cartaginesas[12].

LA EVOLUCIÓN DE LA PANOPLIA, TÁCTICAS Y ESTRUCTURA SOCIAL EN LA CULTURA IBÉRICA

La fase formativa

Las investigaciones de las dos últimas décadas confirman el dinamismo en la evolución de las armas empleadas por los iberos a lo largo de los siglos VI-I a. C., reflejo a su vez de las cambiantes condiciones del campo de batalla y de las modificaciones en la estructura social. Desde finales del siglo VII y hasta mediados del siglo VI a. C. se desarrolla la *fase formativa*, que coincide con la generalización de la metalurgia del hierro y el peso creciente de la colonización fenicia; en su transcurso finaliza la tradición ancestral de espadas rectas y largas del Bronce Final. Las espadas son raras en Hispania en esta fase, pues faltan en la Meseta y aparecen ocasionalmente en Andalucía y la zona mediterránea durante el siglo VI a. C. en dos tradiciones, ambas basadas en armas de hoja recta, larga y estrecha con filos paralelos propia del Bronce Final. Una, procedente del ámbito tartésico, utiliza empuñaduras de lengüeta plana terminadas en botón, de tradición del Bronce Final meridional, como la famosa espada de Cástulo de tipo «Ronda», pero ya en hierro, o la posterior del Palmarón, en Huelva. La otra tradición, con hojas similares en tamaño y forma, procede del norte de los Pirineos y se caracteriza por empuñaduras de espiga redondeada rematadas en un pomo de antenas, como las de Camallera, Ampurias, Fila de la Muela, etc.[13]. Durante este periodo, tanto en el Mediodía como en el Levante, las armas más frecuentes son lanzas de puntas de largas de más de 50 cm de longitud, pesadas y con fuerte nervio, como las de La Angorrilla (Marchena, Sevilla), Medellín (Badajoz) o Les Casetes (Alicante), todas anteriores a mediados del siglo VI y algunas del siglo VII a. C.[14]. Las puntas de lanza ofrecen pocas formas básicas, aunque la producción artesanal ofrece gran variabilidad. Es por ello arriesgado determinar el origen de cada tipo de moharra, aunque, el tipo que nos ocupa, de características formales y de dimensiones bien definidas, parece proceder del Mediterráneo Oriental hacia fines del siglo VIII o el VII a. C., pues en Chipre es un tipo conocido hace años[15].

El reciente descubrimiento de La Angorrilla muestra también la aparición en sepulturas de carcajs de flechas de bronce y de hierro, probablemente asociadas a la caza, como en los grandes túmulos principescos europeos de Hochdorf o Hochmichele. También en este periodo aparecen en el área andaluza millares de puntas de flecha en bronce, con empuñadura de cubo en lugar de espiga y punta de doble y triple filo, originarias del Próximo Oriente. La influencia fenicia se evidencia en la configuración de la panoplia ibérica, aunque el peso de la tradición local es también decisivo y con importantes influencias norpirenaicas en el Levante mediterráneo.

No hay en este periodo una iconografía militar que sea informativa, pues las llamadas «Estelas del Suroeste» son anteriores a mediados del siglo VII a. C.[16], y carecemos de fuentes literarias, salvo el mito de Gargoris y Habis mencionado por Justino (44,4,1). Por ello, quizás es prematuro proponer un modelo de tácticas y formas de guerra, dada la escasez de datos, aunque cabe pensar en una reducida élite guerrera formada por príncipes bien armados y su séquito inmediato, apoyados en combate por seguidores armados a menudo con elementos de fortuna y escaso valor militar. El combate singular entre campeones de rango similar sería a menudo una forma de decidir el resultado de la batalla entre ejércitos que rara vez superarían el medio millar de combatientes**.** Combates ritualizados podrían estar presentes en este tipo de guerra, dada la posible existencia, aunque no probada, de fratrías de jóvenes guerreros cuyas expediciones de saqueo y combate formarían parte de su iniciación a la vida adulta.[17]

La fase antigua

Desde mediados del siglo VI a. C. hasta fines del V a. C. se aprecia una nueva fase del armamento ibérico, la «fase antigua» o «panoplia aristocrática». No supone hiato con la fase anterior, del mismo modo que la configuración del mundo ibérico no supone una ruptura con el Orientalizante, pero sí presenta importantes innovaciones tecnológicas al producirse un cambio radical en los tipos de espada y en los elementos de panoplia defensiva de chapa de bronce decorada con repujados.

Reconstrucción del jinete aristocrático ibérico venciendo a su enemigo de Porcuna, Jaén.

El mejor exponente de esta panoplia procede de las representaciones de armas realizadas con suma precisión en los conjuntos escultóricos de *Obulco* (Porcuna, Jaén) y *Ilici* (Elche, Alicante)[18]. En cambio, son escasas las tumbas con armas en Andalucía y el Sureste, salvo excepciones en el Molar (Alicante) o en algunas tumbas antiguas de Cástulo. En cambio, en el área catalana aparecen con cierta frecuencia tumbas aristocráticas con armas aisladas o en pequeños núcleos, como en Llinars del Vallés, Granja Soley, Perelada, Can Canyis o La Oriola entre otras.[19]

Las espadas se hacen más frecuentes y con un cambio fundamental: son armas cortas y de ancha hoja, frente a las hojas largas y estrechas de la fase anterior. Son dos los tipos: la espada de frontón, de hoja recta y ancha y empuñadura de lengüeta plana y la falcata, de hoja curva, doble filo y pomo rematado en cabeza de animal. Resulta evidente que la táctica de combate evolucionó hacia un tipo de lucha que requería menos espacio para blandir la espada. Aparecen también puñales de hoja triangular muy corta, más objetos de prestigio que armas de combate.

Con todo, las representaciones y hallazgos funerarios indican que el arma fundamental seguía siendo la lanza larga y pesada para el combate cuerpo a cuerpo. Su hoja pesada y estrecha y su fuerte nervio hacen este tipo muy adecuado para perforar escudos y corazas, especialmente metálicas. A menudo esta lanza se acompaña de otra más ligera, con punta más corta, posiblemente arrojadiza, que a menudo es sustituida por un arma casi idéntica al *pilum* ligero romano, arma arrojadiza perforante documentada en tumbas desde Perelada en Gerona hasta Cástulo en Jaén o de un *soliferreum*, jabalina forjada en una sola pieza de hierro de unos 2 m de largo, 800 g de peso y punta corta con o sin aletas. Los *pila* y *soliferrea* son especialmente aptos para ser arrojados a 10 o 15 m de distancia, justo antes de entrar en el combate cuerpo a cuerpo, atravesando escudos y cuerpos o, al menos, inutilizando el escudo del oponente.

Pero lo más significativo de esta panoplia ibérica antigua es el armamento defensivo, que en esta época es más completo y elaborado que en ningún otro momento de la Edad del Hierro. Los aristócratas representados en Porcuna o enterrados en las tumbas de Los Villares (Albacete) o Les Ferreres (Teruel) empleaban cascos de cuero y bronce rematados con grandes penachos de crin que flotaban al viento y daban al guerrero un aire de mayor ferocidad. Llevaban asimismo *kardiophylakes* o discos-coraza pectorales de hierro o bronce repujado, que se colocaban sobre una suerte de almohadillado, posiblemente de fieltro que protegería de rozaduras hombros y pecho y amortiguaría los golpes, protección a veces empleada sin discos de metal, como muestran algunos exvotos de bronce. Además, se usaban grebas o *cnemides* de chapa de bronce sobre un soporte amortiguador de fieltro o cuero. A esta protección pasiva tan completa se añadían escudos circulares de madera y cuero de unos 60 cm de diámetro, decorados con grandes tachones de bronce repujados por lo general con motivos simbólicos radiales.

Conviene recordar que en el mundo antiguo no existen armas «de parada» como tales, no funcionales, aunque sí armas votivas reconocibles por estar miniaturizadas, carentes de empuñadura o ser escudos de finísima lámina metálica sin respaldo. Pero los guerreros llevaban al combate, como en toda la Antigüedad y casi toda la Edad Media, armas decoradas y lujosas que reflejaban su rango social y podían salvarles la vida como rehenes susceptibles de rescate en caso de caer prisioneros. Una melladura o muesca en tales armas era más marca de honor que merma de valor del arma.

En los conjuntos de Porcuna o Elche no aparecen armas arrojadizas propulsadas como arcos u hondas ni tampoco guerreros ligeramente armados sin armamento defensivo. Sin embargo, en alguna de las tumbas aristocráticas de esta época que contienen armas aparecen también puntas de flecha, como en Granja Soley, Barcelona, que, por su ancha hoja, son más armas de caza que de guerra, ya que estas puntas reflejan otra faceta de la forma de vida aristocrática, en la que el empleo del arco sería socialmente aceptable.

Se aprecia cierta homogeneidad con la panoplia no ibérica de la Meseta, que recibió fuertes influencias desde el Sur y Levante, como el uso de discos-coraza, espadas de frontón o escudo de tachones, y desde la zona norpirenaica, aunque en el mundo mese-

teño las espadas eran menos frecuentes y la falcata inexistente. Así pues, a principios del siglo V a. C. se había configurado ya una panoplia característica, creada por el fuerte dinamismo cultural local, pero también deudora de dos series de influencias: mediterráneas por un lado, de donde proceden los prototipos de la falcata, la espada de frontón, discos-coraza, etc., con un fuerte peso del mundo itálico y fenicio y norpirenaicas por otro, desde donde llegaron probablemente los primeros soliferrea y muchas de las espadas de antenas que se extendieron por la Meseta, pero que también llegaron a ser producidas en Andalucía y Sureste desde principios del siglo IV a. C. En conjunto, es una panoplia completa, bastante pesada y costosa, apta para un combate cuerpo a cuerpo entre campeones aristócratas y de marcada concepción «heroica», tal y como refleja el conjunto de Porcuna. Desde luego, no es una panoplia adecuada para un combate «en guerrilla», propio de tropas armadas a la ligera; antes bien, es comparativamente pesada, con suficientes elementos defensivos como para que su portador se encontrara cómodo incluso en un combate en formación cerrada. Las armas propiamente dichas, los contextos funerarios en que aparecen y las representaciones de Porcuna y Elche indican en esta época un modelo de combate no en «falanges» o formaciones cerradas, sino de tipo «heroico» entre campeones aristócratas, extendido por el Sureste, el Levante Septentrional e incluso a la Meseta Oriental, donde aparecen elementos broncíneos, espadas e incluso cerámicas de procedencia mediterránea, conocidas desde los años treinta y recientemente valoradas como de influencia ibérica[20].

El caballo, que era un símbolo aristocrático por excelencia tanto en el Mediterráneo como en Centroeuropa, servía como altivo medio de traslado al campo de batalla, pero no se combatía desde él. La más famosa escena de Porcuna es muy representativa: el noble guerrero acaba de un lanzazo con su enemigo, pero no desde el caballo, que sujeta por la rienda, sino pie a tierra. Un guerrero no combatiría mientras sujetaba a su caballo, ya que un movimiento brusco le dejaría inerme; en combate, éste quedaría al cuidado de un escudero en retaguardia; la escultura, más que describir un combate realista, pretende sintetizar un concepto[21].

Todo apunta a un modelo «heroico» de combate, paralelo a una concepción del poder y de la clase dirigente[22], en el que los campeones combatían entre ellos a pie con pesadas lanzas, cuyo paralelo literario más cercano está en las formas de combate homéricas. Esto no quiere decir que en los conjuntos de Elche y Porcuna, paralelos en concepción y próximos en cronología, se narre una escena de Homero, pero es evidente que los iberos de los siglos VI-V a. C. tenían sus propias narraciones épicas y míticas, plasmadas en escultura, narraciones que reflejaban valores aristocráticos «arcaicos» en muchos puntos semejantes a los del mundo heleno de los siglos VIII-VII a. C. En contextos históricos, sociales o militares semejantes, las aristocracias guerreras que en el mundo han sido presentan comportamientos convergentes. Así, unos guerreros bien protegidos, que gustan del combate cuerpo a cuerpo y desprecian las armas arrojadizas propulsadas, que aman la caza y banquetes en los que se escuchan narraciones y se bebían prodigiosas cantidades de vino, responde a gustos comunes desde la Grecia

homérica a la Europa altomedieval, aunque en este caso con modificaciones debidas al cristianismo[23].

Este modelo no implica que en las guerras ibéricas del siglo V a. C. no hubiera grupos más o menos organizados de tropas peor armadas, incluso con armas de fortuna y hondas o arcos, que combatieran como apoyo de sus campeones. Pero ni la iconografía ni la documentación arqueológica ibéricas permiten definir estas tropas de segunda fila, formadas por los miembros menos pudientes de la comunidad y probablemente ligados a los líderes de linajes y clanes por lazos formales de clientela o dependencia[24].

LA GENERALIZACIÓN DE LA PANOPLIA IBÉRICA EN EL SIGLO IV A. C. Y LA GUERRA EN FORMACIÓN

Hacia comienzos del siglo IV a. C. se fecha una sustancial modificación de la composición de la panoplia ibérica, que denominamos «fase plena» o «panoplia generalizada», que perduró hasta la llegada de los Barca a Hispania *c.* 237 a. C. En realidad, la definición de esta fase tiene más que ver con un fenómeno ajeno a los cambios en las armas propiamente dichas, pero de mucho mayor alcance, pues afecta a las formas de combate y a la propia organización social ibérica. Frente al predominio de imágenes y escasez de tumbas en el siglo V a. C., ahora aparecen cientos de armas depositadas en tumbas, pero son escasos los elementos iconográficos y todavía no hay fuentes literarias, salvo si se hacen arriesgadas extrapolaciones a partir de autores tardíos que *pudieron* haber recogido noticias de historiadores clásicos del siglo IV a. C.

Guerrero ibérico del siglo IV a.C. (según F. Quesada).

Si durante la fase anterior conocemos pocos cementerios y en ellos las armas son raras, pues se restringen a las tumbas más ricas, a partir de *c.* 400 a. C. el tamaño de las necrópolis creció considerablemente, de modo que existen series de hasta seiscientas tumbas por yacimiento, como en El Cabecico del Tesoro o el Cigarralejo (Murcia)[25]. Además, el porcentaje de tumbas con armas se dispara en estos yacimientos, llegando a superar durante el siglo IV a. C. el 60 % en Cabezo Lucero (Alicante) o Coimbra (Murcia). Por término medio, un 35 % de las tumbas ibéricas del siglo IV a. C. contienen armas, aunque con fuertes oscilaciones. Múltiples estudios han concluido, desde diferentes ópticas, que no toda la población ibérica podía acceder a un enterramiento en estas necrópolis de cremación, pues posiblemente estaban excluidos, entre otros, los individuos de condición servil[26]. También los estudios antropológicos indican que, salvo casos excepcionales, las

tumbas con armas corresponden en su mayoría a varones, aunque no siempre adultos[27]. De estos datos se deduce la generalización de la panoplia, extendida a un porcentaje mayor de la población libre que se enterraba en las necrópolis.

Dentro de este panorama renovado, los tipos de armas no variaron en lo sustancial en el siglo IV a. C., pero se aprecia una simplificación de los tipos, con retroceso de las armas defensivas de bronce, generalización de la panoplia y tendencia a cierta estandarización. La simplificación es visible sobre todo en el armamento defensivo: los discos-coraza metálicos, las grebas de bronce y los grandes tachones de escudo propios de los antiguos reyes y aristócratas desaparecieron rápidamente, sustituidos por elementos defensivos menos costosos y ostentosos en materiales orgánicos, de los que se conserva poca documentación. Los exvotos de bronce documentan la pervivencia de las protecciones de fieltro documentadas ya en Porcuna, así como de cascos probablemente de cuero. La presencia de escudos circulares, la *castra*, es reconocible en los ajuares funerarios sólo por su manilla metálica, pues las partes orgánicas desaparecieron en la pira funeraria donde se quemaban también las armas[28]. Este tipo de manilla se compone de una empuñadura sencilla con dos largas aletas triangulares de chapa de hierro para sujetarla con clavos al cuerpo del escudo. Algunas manillas de estos escudos miden más de 60 cm de longitud, lo que indica un diámetro considerable, de más de 70 cm. Salvo en Cataluña, no hay pruebas en este periodo del uso de escudos ovales *(scuta)* ni de cascos de bronce, característicos en la fase siguiente.

En el armamento ofensivo, la falcata se convirtió durante la primera mitad del siglo IV a. C. en el tipo casi exclusivo de espada y las espadas de frontón y los puñales pasaron a ser raros. Aunque el remoto origen de la falcata puede hallarse en el ámbito adriático, desde donde se extendió hacia el mundo helénico e Italia, el prototipo directo parece hallarse en el Piceno y Etruria hacia el siglo VI a. C. Con todo, la falcata modifica este prototipo al dotarse de doble filo en el tercio distal, acortarse, adoptar acanaladuras y otros detalles que la hacen un arma distinta de la *machaira/kopis* y, por tanto, un arma genuinamente ibérica de la zona contestano-bastetana[29].

Los tipos de lanza se multiplicaron desde *c.* 375 a. C. con la aparición de moharras perforantes pero más cortas y de otras puntas de tipos más anchos y ligeros. En las tumbas las armas de astil aparecen muy frecuentemente por parejas: una arrojadiza, jabalina, *falarica/pilum* o *soliferreum*, y una lanza más pesada para empuñar. No aparecen casi nunca puntas de flecha o glandes de honda, hasta el punto de que puede sostenerse que, como en otros puntos del Mediterráneo, existía entre los iberos un desprecio aristocrático hacia este tipo de armas, consideradas cobardes para la lucha de los guerreros, aunque se emplearan para la caza o por la infantería ligera.[30]

Los ajuares de las grandes necrópolis muestran una clara tendencia hacia la estandarización, propia de una infantería capaz de combatir en línea de batalla densa, aunque no necesariamente en formación muy articulada como la falange griega del siglo V o IV. Hay una tendencia hacia una «panoplia tipo» formada por espada, casi siempre falcata, dos lanzas y escudo. Sin embargo, la falcata está sobrerrepresentada en comparación con

otras armas, abundancia que no se explica por razones militares, sino porque dicho tipo de arma tuvo para los iberos connotaciones simbólicas especiales, asociadas al ritual sacrificial. Quizá por ello las falcatas a menudo recibieron complejas decoraciones damasquinadas en plata, que son mucho más raras en lanzas u otras armas. También por razones rituales, aunque de otro tipo, se destruían a menudo las armas, doblándolas, perforándolas o mellando su filo a golpes contra rocas.[31]

El número de arreos de caballo (bocados y espuelas) en las sepulturas es escaso, al contrario de lo que ocurre en este periodo en el ámbito celtibérico[32] y suele asociarse a tumbas especialmente significativas. Es probable que durante la mayor parte del siglo IV a. C. todavía no existiera una verdadera caballería ibérica, pues no existirían unidades que maniobraran y combatieran a caballo, capaces de ejercer un papel significativo en el desarrollo de la batalla. Sí existían, por supuesto, jinetes (jefes, exploradores…), cuyas representaciones aparecen en exvotos en los santuarios ibéricos, aunque a menudo inermes, como expresión de rango aristocrático ecuestre, no como soldados de caballería.

Durante el siglo IV a. C. surgen por vez primera fuertes variaciones regionales en la panoplia. El panorama descrito es aplicable sólo a la Alta Andalucía, Sureste y Levante; en cambio, en el ámbito turdetano de la Baja Andalucía, las armas brillan por su ausencia, en parte debido a la escasez de necrópolis, pero también por la tradición cultural semita de este territorio, en el que parece que perduran durante el siglo IV a. C. las antiguas puntas de tipo fenicio-púnico «de anzuelo». Por otro lado, al norte del Ebro se observan fuertes influencias del armamento galo de La Tène, que se intensificarán con el tiempo, hasta tal punto de que no se puede realmente hablar de un verdadero «armamento ibérico» en el sentido tradicional de la palabra a partir de mediados del siglo IV a. C. en el ámbito nororiental de Hispania; por ejemplo, las excepcionales falcatas son importaciones del Levante meridional y en yacimientos como La Pedrera de Vallfogona de Balaguer (Lérida), coexisten armas de tipo norpirenaico, como cascos de hierro y espadas de La Tène, con otras importadas desde el Sur, como la falcata de La Pedrera[33].

Del mismo modo, a partir del siglo IV a. C. las variaciones con el interior peninsular se hicieron muy marcadas. Frente al predominio de la falcata, en el interior dominan las espadas rectas con empuñadura de antenas atrofiadas; los tipos de lanza son a menudo diferentes en tamaño, forma y tipo de nervio y la estructura de los escudos varía. Pero otros tipos, como *soliferrea*, *pila*, jabalinas, son idénticos y reflejan formas de combate similares. En cambio, la proporción de elementos de caballo, sobre todo bocados, es más de tres veces mayor en las tumbas celtibéricas, lo que probablemente implica ya en el siglo IV a. C. una caballería desarrollada.

En las formas de combate, el predominio de las armas ofensivas de choque cuerpo a cuerpo sobre las arrojadizas, la ausencia de armas propulsadas (flechas y hondas), la adaptación de la falcata para el combate cercano a pie, la combinación de jabalinas pesadas y lanzas empuñadas, la presencia sistemática de escudos circulares sólidos y de buen tamaño[34] y la tendencia a estandarizar una «panoplia tipo» prueban que el armamento ibérico de los siglos IV-III a. C. no estaba diseñado para infantes ligeros que combatie-

ran en guerrilla con armas propulsadas y arrojadizas. Por el contrario, esta panoplia es propia de tropas capaces de combatir en orden cerrado y cuerpo a cuerpo y, ocasionalmente, en orden abierto, si es necesario. Esto no implica suponer una falange hoplita griega o un manípulo romano, con una compleja estructura de subunidades y una cadena de mando completa, pero sí una forma de guerra de viejísima tradición mediterránea basada en el combate entre líneas de batalla cerradas y organizadas por clanes, tribus o ciudades, combate precedido de escaramuzas por infantes ligeros (procedentes de las capas más pobres de la población libre) y, probablemente, de combates singulares entre campeones. Esta interpretación casa mejor con la estructura social y material de la Cultura Ibérica que la imagen tradicional de una guerra irregular de guerrillas, pequeñas escaramuzas y emboscadas fulgurantes, pues, las fuentes literarias indican que a finales del siglo III a. C. los iberos seguían combatiendo de ese modo.

Guerrero ibérico de c. 200 a.C. (según F. Quesada).

LA RENOVACIÓN DE LA PANOPLIA Y LAS TÁCTICAS DESDE ÉPOCA DE ANÍBAL

A partir de fines del siglo III a. C., cuando Hispania se convirtió en disputado campo de batalla entre romanos y cartagineses, se puede distinguir una última «fase avanzada», asociada a una «panoplia renovada», que perduró hasta la absorción de la Cultura Ibérica en el mundo romano, en época sertoriana y aún más allá, puesto que con —y contra— César combatieron a mediados del siglo I a. C. tropas indígenas que todavía conservaban su armamento tradicional.

Para esta fase existe la mejor documentación de todo el periodo analizado. Por un lado, contamos con una cantidad sustancial de armas en necrópolis; por otro, en el siglo III a. C. aparecen cerámicas con figuras humanas (estilos de «Liria»,[35] «Elche-Archena», «Azaila», etc.), que proporcionan una rica iconografía que se añade a esculturas y exvotos. Finalmente, en esta fase las fuentes literarias y numismáticas ofrecen materia indispensable de estudio.

A partir de la «guerra de Aníbal» se introdujeron en la zona Ibérica numerosos tipos nuevos de armas, fundamentalmente defensivas. En primer lugar, aparecen en número creciente cascos de bronce de origen mediterráneo, el llamado tipo «Montefortino», una producción estandarizada y masiva que durante la II Guerra Púnica emplearon tanto romanos como cartagineses y, con variantes, los celtas de Italia[36]. En segundo lugar, se hizo popular en toda Iberia el escudo oval, no en su versión gala, sino probablemente

por influencia del mundo púnico, que también empleaba el *thureos*, nombre que los griegos daban al escudo oval llamado *scutum* por los romanos.

Aunque se siguieron usando las falcatas junto con espadas rectas derivadas del tipo galo de La Tène I, que a su vez serían el prototipo del *gladius hispaniensis* romano,[37] se aprecia una tendencia hacia un armamento ofensivo más ligero, como indica el menor tamaño de las lanzas, muchas ahora sin nervio, la mayor frecuencia de soliferrea y lotes de pequeñas jabalinas y la menor proporción de manillas metálicas de escudo. Las armas no desaparecen de los ajuares funerarios en el siglo II a. C. como se había creído, sino sólo avanzado el siglo I a. C., en época de César. Los ejércitos romanos emplearon desde II Guerra Púnica auxiliares ibéricos que usaban una mezcla de armas indígenas ibéricas y celtibéricas (falcatas o espadas de antenas atrofiadas) y romanas (escudos ovales curvados en forma de teja), según documentan exvotos y los tardíos relieves de Osuna.

Estos nuevos tipos de armas se asocian a las nuevas circunstancias bélicas, ya que los iberos fueron empleados de modo creciente por cartagineses y romanos como tropas de línea y como infantería ligera en los campos de batalla de una guerra de intensidad mucho mayor, cuyas condiciones exigían una mejor protección: de ahí la reaparición de cascos de bronce y escudos que cubren mejor el conjunto del cuerpo.

La numismática ibérica, fuente de información relevante, muestra en esta fase la gran importancia de los jinetes. Al principio sería un préstamo iconográfico de las monedas helenísticas de Siracusa y Macedonia, entre otros tipos, derivado de la importancia que las elites aristocráticas ecuestres iberas tenían en este periodo. Pero los iberos nunca contaron con caballería pesada armada con el *kontos* o larga lanza de la caballería macedonia que aparece representada en las monedas, como tampoco el casco de tipo beocio que recomendaba Jenofonte para los jinetes griegos, por lo que la imagen de la moneda es un «falso» iconográfico respecto al tipo de armas empleado por los jinetes hispanos. Pero la presencia de jinetes es significativa, ya que las fuentes literarias demuestran que a fines del siglo III a. C. ya existían numerosas unidades de caballería ibérica al servicio de cartagineses y romanos, lo que indica su definitivo desarrollo a lo largo del siglo III a. C., aunque con posterioridad a la caballería celtibérica[38].

Las fuentes mencionan en diversas ocasiones, igual que para los celtíberos, el empleo de estandartes militares (Liv., 29,2, etc.), aunque no conservamos ningún ejemplar real[39]. Sabemos que era posible reconocer a distancia de qué pueblo era una formación por sus estandartes y emblemas de escudos y Livio (34,20) cuenta que los lacetanos o iacetanos reconocían a distancia a sus enemigos los suessetanos «por sus armas y estandartes». Ambos son rasgos característicos de ejércitos formados y organizados, dado el papel decisivo que los estandartes jugaban como punto de referencia para las tropas[40].

Entre el 218 y el 191 a. C.[41], las fuentes literarias demuestran que los iberos seguían la ancestral tradición mediterránea de combinar infantería pesada o de línea, tropas ligeras, normalmente los individuos con menos recursos para costearse su armamento, y caballería para luchar contra sus enemigos en batalla abierta, campal[42]. No era pues su táctica, como tantas veces se ha dicho, la guerrilla irregular en pequeñas unidades, que

supuestamente utilizaría tácticas de «golpear y huir». De hecho, las similitudes en los tipos de armas y la táctica de pequeñas unidades entre los pueblos ibéricos y los romanos republicanos son mucho mayores de lo que pudiera parecer; de hecho, las armas y tácticas romanas e ibéricas eran más próximas entre sí que las de los romanos con los griegos de época helenística, por sorprendente que esta idea pueda parecer en principio[43].

Durante mucho tiempo se ha sostenido la idea, no apoyada por las fuentes ni la arqueología, de que los autores grecolatinos, aunque describían continuamente batallas campales, como las libradas por Indibil y Mandonio el 206 y 205 a. C. o la batalla de Ampurias el 195 a. C., buscaban enfatizar los rasgos menos «civilizados» de los pueblos peninsulares, insistiendo en la superioridad cultural romana y su derecho al dominio universal. Disimulando el carácter «civilizado», esto es, reglado y avanzado de la guerra ibérica, Livio o Estrabón añadían un elemento más para mostrar la natural superioridad de Roma. Por su parte, autores románticos del siglo XIX, españoles y foráneos como A. Schulten, quisieron recalcar la especificidad de lo hispano, incluso su exotismo, que supuestamente se haría también visible en las formas de guerra locales[44].

Es cierto que Livio y otros autores aluden a la maniobrabilidad y ligereza de las tropas hispanas en comparación con la legión romana, todavía bastante rígida en esta época hasta las reformas de Escipión. Pero una lectura cuidadosa sin prejuicios muestra que textos frecuentemente citados indican que el infante hispano, a diferencia del númida, era polivalente, capaz de adaptarse a la lucha en terreno abrupto, pero también a la batalla en campo abierto. Las fuentes son numerosas. Por ejemplo, cuando Aníbal marchó a Italia en 218 a. C., utilizó a la mayor parte de sus importantes contingentes iberos y celtíberos como «infantería de línea» y no como tropa ligera: en Cannas por ejemplo, el centro de la línea de Aníbal, que hubo de resistir durante un largo tiempo la presión de una masa enorme de infantería pesada romana especialmente formada en profundidad para la ocasión, combatió en formación cerrada, esto es, como infantería pesada, tal y como lo había hecho en las batallas anteriores de Trebia o Trasimeno. Puesto que Cartago en general, y Aníbal en particular, acostumbraban a permitir a sus contingentes mercenarios o 'aliados' combatir con sus jefes, armas y tácticas nativas, parece razonable concluir que Aníbal empleó a sus Iberos tal y como éstos acostumbraban a luchar.

Podría argüirse que en la preparación de su expedición, Aníbal habría entrenado especialmente a sus Iberos, pero también sabemos que cuando los romanos atacaron Hispania y reclutaron de modo apresurado contingentes locales de hasta decenas de miles de hombres, tampoco dudaron en emplearlos como infantería en la *acies* principal, por ejemplo, en *Ilipa* o *Baecula* (Pol., 11,22; Liv., 28,14 s., etc.). Por tanto, estos contingentes, aunque peor entrenados y disciplinados que los romanos, según Escipión el Africano tuvo buen cuidado de recordar a sus propias tropas (Liv., 28,32), estaban acostumbrados al combate cuerpo a cuerpo en línea de batalla, por lo que, cuando los Iberos se sublevaron contra Roma a fines del siglo III e inicios del II a. C., sufrieron grandes derrotas *precisamente* porque se enfrentaron en grandes batallas campales, en las que

eran manifiestamente inferiores por falta de disciplina y organización en unidades, no por su táctica o armamento[45].

Hacia el 75 a. C. puede fecharse la Fase Final o «panoplia romanizada» del mundo ibérico. Se produjo una simplificación de las armas, la adopción de tipos romanos y una gradual desaparición de los tipos indígenas, incluyendo la falcata. La razón estriba en que desde mediados del siglo II a. C. los ejércitos romanos emplearon grandes contingentes de auxiliares ibéricos. Como los romanos ya contaban con una eficiente infantería de línea, necesitaban infantería ligera complementaria, *caetrati* con pequeños escudos circulares y jabalinas, por lo que el armamento ibérico más «pesado» comenzó a decaer desde ese momento y la vieja forma de guerra «independiente» y la vieja panoplia se extinguieron.

EFECTIVOS Y BAJAS

Sólo para las dos últimas fases analizadas, desde época de Aníbal (*c.* 218 a. C.) y hasta César (*c.* 45 a. C.) se puede realizar una aproximación a los efectivos que los Iberos podían poner en juego. Los recientes análisis demográficos del mundo ibérico, que no se pueden analizar aquí, confirman los datos de las fuentes literarias sobre la capacidad de los iberos para reunir, en caso necesario, ejércitos de hasta veinticinco mil combatientes entre tropas de línea y ligeras[46]. Es así incluso si se estiman bajas densidades de población para el mundo ibérico, del orden de 5 h/km^2 para el conjunto del territorio, cifra similar a la propuesta para la zona de *Kelin* en el interior valenciano y muy inferior a los 14-15 h/km^2 calculados en la zona costera catalana o a los 12-14 h/km^2 que se deducen del testimonio de Plinio el Viejo (*Nat. Hist.*, 3,4,28) para el agreste y menos poblado Noroeste hispano, pero ya a mediados del siglo I d. C.

Entre los siglos IV y fines del III a. C. una razzia pequeña sobre un campo o aldea podría implicar desde unas decenas a pocos centenares de hombres; una campaña entre dos *oppida* con sus respectivos territorios podría enfrentar ejércitos inferiores al millar de guerreros; expediciones importantes de líderes con fuertes clientelas y dominio sobre varios *oppida* podrían reunir entre 3.000-7.000 hombres, mientras que el esfuerzo máximo de una confederación de varios pueblos podría llegar a los 25.000-40.000 efectivos. Se puede calcular según los estudios citados, que estas cifras podrían suponer hasta un 8 % del total de la población, que equivale a la *iuventus* normal de una sociedad, hasta un 15 % en caso de gran esfuerzo en campañas importantes y hasta un 22 % de los habitantes en un esfuerzo máximo, conocido en distintas sociedades en casos desesperados.

Guerrero de Osuna con falcata y escudo.

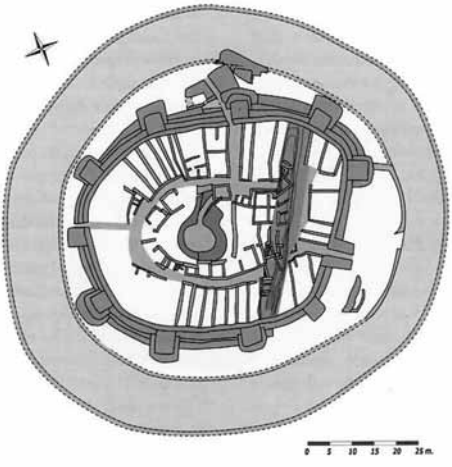
Aunque los datos de las fuentes literarias son en general aceptables, no así sus cifras sobre las bajas sufridas por los iberos derrotados en diferentes batallas. Se trata de estimaciones muy exageradas, que entre otras cosas incluyen con seguridad los hombres heridos, normalmente tres a uno sobre los muertos, y los dispersados en la huida.

UN MODELO IBÉRICO DE GUERRA Y SOCIEDAD

Es ya posible proponer un modelo global de los objetivos y formas de la guerra entre los pueblos ibéricos durante los siglos IV y II a. C., coherente con los datos arqueológicos y las fuentes literarias, aunque en varios aspectos choca con algunas interpretaciones tradicionales.

El objetivo de la guerra entre los Iberos no fue nunca la destrucción física del adversario, acarreando la destrucción completa de ciudades, masacre de varones y esclavitud masiva de mujeres y niños. En origen, ni siquiera contemplaría normalmente su reducción a un estado explícito de dependencia. Sin embargo, hacia el siglo III a. C. sería ya frecuente un proceso de concentración de poder, por el cual determinadas comunidades políticas ejercerían dominio reconocido sobre otros *oppida* y territorios originalmente independientes y/o rivales, dominio que implicaría obligaciones económicas e incluso de ayuda militar de los segundos hacia los primeros[47].

La concepción de la guerra era básicamente depredadora, centrada en el saqueo de campos y ganados y de bienes muebles cuando la sorpresa lo permitiera; una alternativa viable en caso de no poder trasladar el botín era su destrucción. La obtención de honor y fama con la victoria y evitar a toda costa de la vergüenza de la derrota serían factores de importancia en la actividad bélica para las elites dirigentes. La concepción en clave personal y no estatal de las responsabilidades militares y sociales surge con frecuencia en las fuentes literarias. Los valores guerreros son consustanciales a la estructura de la sociedad ibérica y la vinculación a las armas que se aprecia en los siglos III-II a. C. no es producto ocasional de circunstancias excepcionales, como tampoco la existencia de duelos gladiatorios de carácter funerario entre nobles, como los documentados por T. Livio (28,21) en los funerales de los Escisiones o los representados en el conjunto escultórico de Osuna. Estos juegos pueden estar en relación con la *devotio*, una institución documentada en diversos pueblos de la Península, y de fuera de ella, que vinculaban a ciertos guerreros con sus jefes por lazos que llegaban a la muerte[48].



Poblado fortificado de Els Villars, Lérida.

La actividad bélica era estacional, centrada en los meses de primavera-verano, y la lucha en invierno sería una rareza tardía introducida en las luchas contra las grandes potencias extranjeras. Era una guerra limitada en objetivos y en el tiempo, pero que debía, como en el resto del Mediterráneo, tener un carácter endémico dentro de una intensidad relativamente baja, con mortandad reducida y amplios periodos de tranquilidad dentro de cada ciclo agrícola y ganadero anual.

Puesto que no se contemplaba el aniquilamiento del adversario, la toma de plazas fuertes mediante asedio formal no se practicaba y el asalto de fortuna sería la excepción y no la regla. Si un bando se reconocía como inferior, se refugiaba en sus aldeas y *oppida* y debía soportar el saqueo de sus campos desde una relativa seguridad. Si en cambio se veía como igual o superior, podía arriesgarse a proteger esos bienes en una batalla. En tal caso, la forma habitual sería la batalla campal entre pocos cientos o muy pocos miles de combatientes, formados en *acies instructa* y en unidades reconocibles bajo los mismos líderes que les conducían en la vida diaria, agrupados por pueblos y dentro de ellos por aldeas o familias, con enseñas y armas reconocibles a distancia. No existiría mucha caballería, que estaba en formación como arma en el siglo III a. C., pero sí infantería de línea, a modo de peltastas, e infantería ligera, a modo de *psiloi*.

En estos momentos no es posible asegurar si la base de un ejército ibérico entre los siglos IV-III a. C. era una milicia clientelar, o si evolucionó al menos en el siglo III hacia una milicia cívica timocrática cuya posición en la línea de batalla se basaría, al modo generalizado en el Mediterráneo, en la panoplia pesada o ligera que cada uno pudiera proporcionarse. La homogeneización del armamento a partir del siglo IV a. C. (lanza pesada, lanza arrojadiza, espada, escudo circular, escasa protección metálica) apunta en esta dirección. La mejor alternativa es un ejército basado en clientelas militares, con probablemente convivencia de ambos modelos, con pequeñas clientelas militares semipermanentes encuadradas, en caso necesario, en una milicia cívica no necesariamente «ciudadana» formada por individuos libres, campesinos y artesanos en la vida diaria. La relativa especialización militar de estas clientelas no implica ni profesionalidad ni que estos personajes desarrollaran actividades económicas cotidianas.

Otros modelos, como una *iuventus* basada en grupos de edad y ritos de iniciación militar, eran tradiciones ancestrales, ya no vigentes en la organización militar ibérica de los siglos IV-III a. C., aunque a nivel ritual pudieran haber perdurado. Tampoco es viable en los siglos IV-III pensar en una reducida casta militar exclusivamente aristocrática como base de un ejército ibero, como la existente durante el siglo V a. C.

Los mandos en campaña eran los mismos que dirigían la sociedad en la vida cotidiana, aunque serían lógicamente los miembros adultos y jóvenes de los grupos aristocráticos, no los *seniores*, quienes participarían en el combate. La forma concreta de monarquía, caudillaje, etc., varía según regiones y circunstancias, pero responde a un patrón similar. Los mandos intermedios serían miembros con menor experiencia y edad de esas mismas elites y las clientelas militares servirían para encuadrar las milicias movilizadas en pleno.

Junto con la guerra endémica entre vecinos que documentan las fuentes, como los saguntinos contra turboletas, turdetanos contra betúricos, etc., en ocasiones se coaligaron pueblos diferentes. En esos casos la formación del ejército conservaba las diferentes unidades por pueblos bajos sus jefes naturales. No sabemos si estas confederaciones eran de tipo ofensivo únicamente o si existía alguna forma de *epimachia*.

No hay contradicción entre la existencia de la batalla campal entre ejércitos formados en pequeñas llanuras y la ausencia de guerra de asedio formal. Ese mismo modelo está perfectamente documentado en otras regiones del Mediterráneo en periodos anteriores, por ejemplo en Grecia hasta la Guerra del Peloponeso[49]. El concepto de defensa sería pues activo y no pasivo, basado en la salida de los recintos fortificados y la batalla para expulsar al enemigo que saquea los campos. Tampoco hay contradicción entre una infantería «de línea» combatiente en formación y el objetivo depredador concretado en razzias a cierta escala: el peltasta es precisamente el tipo de guerrero adecuado para esta doble función: capaz de desplegarse en guerrilla o de combatir en línea. La contradicción aparente estaría en defender un modelo «avanzado» de guerra y un modelo «primitivo» de poliorcética. El error de esa apreciación radica en la valoración cualitativa implícita en dichos conceptos («avanzado» y «primitivo») que no reflejan la realidad. Las formas de guerra deben analizarse en el contexto de su adecuación a las estructuras sociales, económicas y de valores, en este caso el mundo hispano prerromano. No es evidente que una guerra con batallas campales y ejércitos estructurados que combaten en formación implique también y en cierto modo exija una poliorcética avanzada, sino que Grecia demuestra lo contrario y de forma mucho mejor documentada.

Las fortificaciones no se concibieron como defensas contra asedios formales sino como defensa ante depredadores bípedos o cuadrúpedos, disuasión ante asaltos por sorpresa, como delimitación del terreno «urbano» del *oppidum* y como expresión del poder de sus dirigentes. No es seguro que existieran barreras defensivas del territorio, pero parece que puede aceptarse la existencia de atalayas ocupadas de modo semipermanente, más por familias a cargo de las mismas combinando vigilancia y actividad económica que por guerreros destacados como guarnición.

Modelos similares, con sus peculiaridades propias, están documentados en sociedades que contaron con ejércitos organizados y complejos y sin embargo pusieron escaso énfasis en las fortificaciones, desde los espartanos del siglo VI a. C. a zulúes del XIX. Este modelo tiene similitudes con lo que sabemos de otras culturas circunmediterráneas, más cercanas al mundo itálico y griego clásico que al helenístico, púnico o galo. Pero no es de extrañar: no se trata de dependencia sino de convergencia. Enfáticamente *no* proponemos un modelo de difusión, sino uno de convergencia parcial. Situaciones en muchos aspectos similares dieron lugar en el Mediterráneo antiguo a respuestas semejantes en cuestiones militares como en muchas otras, aunque con un *décalage* temporal en el caso de Hispania. La adopción de la táctica hoplita en Etruria, con sus modificaciones, refleja cómo en culturas no griegas del Mediterráneo, aún más que en Hispania, la lucha en formación era adecuada al sistema social imperante.

La coexistencia de elementos bastante arcaicos tampoco es contradictoria, como la concepción personal de responsabilidades y lealtades, la ética guerrera o la ausencia de guerra de asedio, con otros que no lo son, como la batalla campal o la base cívica timocrática del ejército combinada con clientelas militares. De hecho, este modelo se adecua mejor a la Cultura Ibérica y a su comercio, uso de escritura, urbanística avanzada, etc., que el que propone una guerra elemental de guerrillas, sin estructuración militar alguna, modelo derivado de una lectura parcial de las sesgadas fuentes romanas y de la confusión con el mundo del occidente hispano. Si admitimos la complejidad del mundo ibérico y sus intensas vinculaciones mediterráneas, parece absurdo que un aspecto nuclear como la guerra quede al margen anclado en un primitivismo etnográfico que no cuadra con el entramado socio-económico de los iberos que documenta la investigación en los últimos años.

---

[1] *Vid. supra*, § Tartessos.
[2] Sobre el armamento ibérico, la obra básica es F. Quesada, 1997. Véase también P. Moret y F. Quesada (eds.), 2002; VV.AA., 1997. En una línea a menudo divergente, F. Gracia, 2003.
[3] M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz-Zapatero (eds.), 1992; VV.AA., 1997.
[4] *Vid. supra*, § Inicios conquista y § Mercenarios.
[5] Sobre las fortificaciones ibéricas, P. Moret, 1996. También, A. Oliver (ed.), 2006; L. Berrocal y P. Moret (eds.), 2007; VV.AA., 1991. El mejor glosario español de términos sobre fortificaciones anteriores a la pólvora es L. Mora-Figueroa, 2006.
[6] Sobre esta tipología, P. Moret, J. A. Benavente y A. Morgues, 2006.
[7] P. Moret, 1998; *id*., 2001; *contra*, F. Gracia, 2001; *id*., 2006.
[8] E. Dies Cusi, 2005.
[9] A. Badie *et al*., 2000; F. Quesada, 2007, p. 77 s.
[10] Las catapultas halladas hasta ahora en Hispania proceden de contexto romano, como en Ampurias (siglo II a. C.), Azaila (I a. C.) o Caminreal (*c.* 75 a. C.). Los proyectiles hallados son también de época romana, incluso cuando hay inscripciones en signario celtibérico, como un signo *ti* sertoriano del siglo I a. C. Véase R. Sáez Abad, 2005, p. 145 s.
[11] F. Quesada, 2003, p. 130-132 y 146-147; *id*., 2007.
[12] La poliorcética en el mundo griego se desarrolla desde inicios del siglo IV a. C., pues la catapulta se inventa c. 399 a. C. (Diod., 14,41), por lo que su desarrollo entre los Iberos sería posterior. Roma comenzó a emplear artillería un siglo después de Grecia y sus técnicas de asedio no fueron sofisticadas hasta la III Guerra Púnica. Antes se basaban en el bloqueo (*e.g* Liv., 21,61,6) con fosos de circunvalación (App. *Hann*., 37, ante Capua el 212 a. C.). A partir de la I Guerra Púnica los romanos empleaban máquinas, pero recurrían al bloqueo (Pol., 1,38,8; *id*., 1,32). En la II Guerra Púnica la maquinaria se hizo habitual, como en Siracusa el 213-211 a. C. y la primeras máquinas romanas, fabricadas posiblemente por ingenieros griegos, aparecen en el asedio de Utica el 204 a. C. (Liv., 29,35,8), pues antes usaron máquinas capturadas. En el siglo II a. C. Roma utiliza máquinas lanzadoras en trabajos de asedio con regularidad, como en Numancia (App. *Ib*. 92), pero hasta César (*BG*. 4,25; 7,41,3) el ejército romano no emplea artillería y máquinas de asedio móviles de manera regular.
[13] C. Farnié y F. Quesada, 2005.
[14] Tipo I de la clasificación de F. Quesada, 1997. La Angorrilla está en curso de publicación por un equipo coordinado por J. L. Escacena en el que colaboramos en el análisis de las armas. Sobre la lanza de Medellín, M. Almagro-Gorbea *et al*. 2008, p. *.
[15] A. Snodgrass, 1964, p. 131, tipo V; H. Sandars, 1913, p. 205-294, especialmente, fig. 42,5-7.
Para las Estelas del Suroeste, *vid. supra*, § Tartessos. La estela de Altea la Vella , Alicante, es de tipología diferente, con una espada corta con empuñadura con paralelos en el mundo ligur e itálico del siglo VII a. C. Ver C. Farnié y F. Quesada, 2005, p. 123-126.

[17] M. Torres, 2002, p. 261 s., con una visión desde el Bronce Final Precolonial hasta el Período Orientalizante. M. Almagro-Gorbea, 1996, p. 52; vid. supra, § Tartessos.
[18] Para Porcuna, I. Negueruela, 1990; A. Blanco, 1987, p. 405-445. Para las esculturas de Elche, F. Quesada, 1997, Apéndice V; A. Lorrio, 2004.
[19] F. Quesada, 1997
[20] Por ejemplo, M. E. Cabré de Morán, 1990; A. Lorrio, 1994; F. Quesada, 2005.
[21] I. Negueruela, 1990. Para la escena y la presencia de caballería, F. Quesada, 1998.
[22] M. Almagro-Gorbea, 1992, p. 84 s., con una concepción de «monarquía» más que «aristocracia» heroica; id., 1996, *passim*; F. Quesada, 1998.
[23] F. Quesada, 1994. Sobre el vino y el banquete ibérico, S. Celestino (ed.), 1995.
[24] Sobre estas cuestiones, F. Quesada, 2003.
[25] El mejor yacimiento estudiado es el de El Cigarralero, por E. Cuadrado, 1992.
[26] Sobre esta cuestión, J. L. Sánchez y F. Quesada, 1992, p. 374-375.
[27] Para el enterramiento femenino de la Dama de Baza, M. Blech, 1986, aunque discrepamos sobre esta cuestión, F. Quesada, 1997, p. 632 s.
[28] A menudo las manillas de escudo están dobladas de modo que es imposible que se conservara el cuerpo del escudo, pues en muchos casos la manilla está «envuelta» por un bocado de caballo o por una espada doblada, lo que implica que se colocaron en torno al escudo después de la cremación. Ver F. Quesada, 1997, p. 641 s.
[29] F. Quesada, 1992.
[30] Sobre estas cuestiones, F. Quesada, 1989, p. 161-201.
[31] F. Quesada, 1997, p. 641-643.
[32] El 6,7 % de tumbas con arreos de caballo del total de tumbas ibéricas con armas y un 21,4 % en el celtibérico. Ver F. Quesada, 2005.
[33] G. García Jiménez, 2006; J. Sanmartí, 1994; F. Quesada, 1997, p. 623-625.
[34] Estrabón (3,3,6) lo considera pequeño en comparación con el *aspis*, el escudo hoplita griego de un metro o más de diámetro y enfatiza la forma de agarrarlo empuñandolo en lugar de embrazarlo con *porpax* y *antilabé*.
[35] W. S. Kurtz, 1992.
[36] J. García Mauriño, 1993; F. Quesada, 1997; id., 2003.
[37] Sobre el prototipo del *gladius hispaniensis*, F. Quesada, 1997; id., 1997a.
[38] F. Quesada, 2003, p. 85-86; *contra*, M. Almagro-Gorbea, 1995, p. 53-64; A. Arévalo, 2003; M. P. García Bellido, 1993.
[39] *Contra*, M. Almagro y A. Lorrio, 2007. Sobre estandartes ibéricos, J. M. Pastor, 2004.
[40] Sobre la función táctica y psicológica de los estandartes antiguos, F. Quesada, (ed.), 2007.
[41] Vid. infra, § Inicio Conquista Romana.
[42] A. Blanco Freijeiro, 1988, p. 78-79; F. Quesada, 1997, p. 653-663, tesis matizada en trabajos posteriores, id., 2007, p. 92 s. y notas 71 a 74. Extensión al mundo celtíbero en M. R. García Huerta, 1997, p. 227; F. Quesada, 2006; F. Gracia, 2003, p. 273 y 258 s.
[43] F. Quesada, 2003; id., 2006.
[44] Sobre las razones historiográficas de dicha situación y de su lectura sesgada, F. Quesada, 2006, p. 160-162.
[45] *Vid. infra*, § Inicio conquista Romana.
[46] Sobre la demografía prerromana, con cálculos diferentes, M. Almagro Gorbea, 2001; J. Sanmartí, 2001; J. P. Valor y J. Garibo, 2002; F. Burillo, 2006; F. Quesada, 2006. Sobre el esfuerzo demográfico en la guerra y formación de ejércitos, L. H. Keeley, 1996; J. López de Sebastián, 1968. En una línea opuesta, F. Gracia Alonso, 1998; *id*., 2000, p. 136, aunque en un trabajo más reciente, *id*., 2003, p. 80-88, acepta tácitamente las cifras proporcionadas por las fuentes clásicas, anotando que son «sin duda, exageradas» (p. 88).
[47] F. Quesada, 2003, p. 130-132 y 146-147; F. Gracia, 2006, argumenta sobre líneas similares, pero pone el énfasis en las guerras con romanos y cartagineses y hace bascular los resultados de la guerra hacia este momento crepuscular del mundo ibérico que no refleja lo que sucedido entre c. 600 y c. 200 a. C.
[48] Sobre los combates singulares, J. M. Blázquez y S. Montero, 1993; Fernández-Nieto, 1992; M. Bendala, 2002; R Olmos, 2003. Sobre la *devotio*, institución por la que los guerreros se comprometían a no sobrevivir a su jefe con paralelos indoeuropeos (*soldurii* galos, *devoti* celtíberos), puede verse M. D. Dopico, 1994. A veces se han propuesto significados asociados a un *munus* gladiatorio para algunas armas decoradas sin base sólida, cf. C. Aranegui y J. de Hoz, 1992.
[49] Las limitaciones de la poliorcética en la Grecia antigua son conocidas; cf. F. Quesada, 2007, p. 88 s.